

## La iglesia «Imagen de la Trinidad»

Este concepto o visión "Trinitaria" de la Iglesia, si bien no aparece catalogada entre las diversas figuras o símbolos que, a base de textos conciliares, hemos venido hasta ahora considerando, la hallamos más o menos explícitamente afirmada a lo largo de los diversos documentos del mismo Vaticano II.

Ya al principio de su magna constitución dogmática **Lumen Gentium**, recapitulando cuanto el mismo Concilio nos dice en sendos artículos acerca de la obra de las Tres Beatísimas Personas en orden al misterio de la Iglesia, nos ofrece esta fórmula apelando a una bella frase de San Cipriano: "Así se manifiesta toda la Iglesia como una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (n. 4). Y en el decreto sobre el ecumenismo, hablando de la unidad y unicidad de la Iglesia, concluye con esta solemne afirmación:

**Este es el sagrado misterio de la unidad de la Iglesia en Cristo y por medio de Cristo, comunicando el Espíritu Santo la variedad de sus dones. El modelo supremo y el principio de este misterio es la unidad de un solo Dios en la Trinidad de Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo (UR, n. 2).**

Así como las dos grandes obras de Dios "ad extra" de que hablan los teólogos, cuales son la **creación** y la **redención**, llevan profundamente grabado el "sello de la Trinidad" como producto de Ella que son, así también misión primaria y última de la Iglesia cual misteriosa imagen de la Trinidad, es comunicar a los hombres esa interna "comunidad de Vida" que hay en Dios Uno y Trino, a la vez que consagrar toda la creación en culto y veneración de la misma Beatísima Trinidad.

Ya desde el principio de la Biblia se nos hace presente la Trinidad en la grande obra de la **creación**: "En el principio creó Dios los cielos y la tierra. La tierra era algo caótico y vacío, y tinieblas cubrían la superficie del abismo, mientras el Espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas. Dijo Dios: Haya luz", etc. (Gén. 1, 1-3). Dios Padre Omnipotente—"creó Dios"—se hace aquí presente; presente se hace igualmente la Palabra de Dios—"Dijo Dios"—por la que "todo se hizo" (Jn. 1, 3); y presente se hace el Espíritu Santo—"el Espíritu de Dios aleteaba"—que vivifica la misma creación. En el decurso de los diversos libros del Antiguo Testamento, particularmente en los llamados "sapienciales", hallamos igualmente afirmada—implícita, pero muy elocuente—la presencia dinámica de las Tres Beatísimas Personas en las obras de la creación cual fruto de la **Omnipotencia** de Dios (Dios Padre), de su **Sabiduría** (Dios Hijo) y de su **Amor** (Dios Espíritu Santo): véase, entre otros, el salmo 103, Proverbios cap. 3, etc., etc.

La obra de la **redención**, así como fue realizada por el Verbo de Dios enviado por el Padre y hecho carne en el seno virginal de María por obra del Espíritu Santo (véase Lc. cap. 1), así también fue confiada a la Iglesia como "sacramento universal de salvación" (LG, n. 48), en cuya vida y comunión nos iniciamos por el bautismo administrado "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mt. 28, 19).

De la misma manera, misión suprema de la Iglesia no es otra que: a) comunicar a los hombres la vida de la Trinidad y mantenerles en su comunión por la efusión del Espíritu Santo, a tenor de la célebre fórmula Paulina: "La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y

la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros" (II Cor. 13, 13); b) orientar y ofrecer toda la creación en culto y honor de la misma Beatísima Trinidad, tal como proclamamos al final de toda Plegaria Eucarística, después de haber "transubstanciado" el pan y el vino cua! elementos representantes de toda la creación: "Por él, con él y en él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos": suplicando al propio tiempo que fin último y supremo de la incesante celebración sacramental dei misterio de Cristo acá en la Iglesia peregrina, sea reunirnos todos los hijos de Dios en la heredad de su reino, "y allí, **junto con toda la creación** libre ya de pecado y de muerte", glorificar al Padre por Cristo, Nuestro Señor (oración final de la IV Plegaria Eucarística).

Es por esto por lo que nos dice Jesús que fruto y galardón de guardar en nosotros la Palabra de Dios cual expresión máxima de nuestro amor a El, será la venida y mansión de la Beatísima Trinidad en nuestros almas, pues este es el sentido de aquellas profundas y dulces palabras del mismo Jesús: "Si alguno me ama, guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él" (Jn. 14, 23). Y es por esto también que su Apóstol Pablo nos exhorta a mantener viva y operante esta imagen y morada de la Beatísima Trinidad en nuestras almas, mediante la oración de veneración y de alabanza: "No os embriaguéis con vino, que es causa de libertinaje; llenaos más bien del Espíritu. Recitad entre vosotros salmos, himnos y cánticos inspirados; cantad y salmodiad en vuestro corazón al Señor, dando gracias continuamente y por todo a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo" (Ef. 5, 18-20).

Todos estos dones y carismas de los hijos de Dios "dispersos por el mundo" (Pleg. Euc. III) y llamados al seno de una misma Iglesia que lleva en sí la "imagen de la Trinidad" y por lo mismo a vivir en su "vida y comunión"—revelados y cantados por Jesús en su grande "oración sacerdotal" de la Cena (Jn. cap. 17)—los recoge su discípulo predilecto con estas hermosas palabras que leemos en una de sus cartas:

**Si permanece en vosotros lo que habéis oído desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre, y esta es la promesa que él mismo os hizo: la vida eterna... Quien guarda sus mandamientos permanece en Dios y Dios en él; en esto conocemos que permanece en nosotros: por el Espíritu que nos dio... Pues, ¿quién es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? Este es el que vino por el agua y la sangre: Jesucristo; no solamente en el agua sino en el agua y en la sangre. Y el Espíritu es el que da testimonio, porque el Espíritu es la Verdad. Pues tres son los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres convienen en lo mismo (I Jn. 2, 24-25; 3, 24; 5, 5-8).**

Para nuestros tiempos de tanta exterioridad, parece se haya complacido la Divina Providencia darnos un alma carismática—Sor Isabel de la Trinidad, carmelita del Carmelo de Dijon (1880-1906)—cuyo mensaje espiritual se centra todo él en el cultivo interior de la "inhabitación de la Santísima Trinidad", con un apostolado contemplativo de "adoración" e "inmolación" para ser **nosotros alabanza de su gloria** (Ef. 1, 12).